

dar con mucha paz de nuestra alma, y no desmayar porque el enfermo se quede con su dolencia y no quiera ser curado.

Cuando los discípulos vinieron de predicar, muy contentos porque habian hecho maravillas y echado demonios de los cuerpos, respondiéndoles Cristo nuestro Redentor: "No os goceis en eso, sino gozaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo (1)." No ha de pender vuestro gozo de esos sucesos, aunque tan buenos como eso; sino mirad vos si haceis obras por las cuales merezcáis que vuestro nombre se escriba en el reino de los cielos: mirad si haceis lo que debéis en vuestro oficio, y en eso habeis de poner vuestro gozo y contento, que esos sucesos, y conversiones, y maravillas no están á vuestra cuenta; y el premio y gloria que os han de dar, no ha de ser conforme á eso, sino conforme á como hubiéredes trabajado, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Y verase esto claramente por lo contrario; si se hiciese mucho fruto y se convirtiese todo el mundo con vuestros sermones y ministerios, y vos no anduviédes como debíades, ¿qué os aprovecharia, como dice Cristo en el Evangelio (2)? Pues de la misma manera, si haceis lo que debéis, aunque no se convierta nadie, no por eso será menor vuestro premio. Bueno estuviera por cierto el Apóstol Santiago, si su premio dependiera de eso y si en eso hubiera de poner su contento, que dicen no convirtió sino siete ó nueve en toda España; pero no por eso mereció menos ni agradó menos á Dios que los demás Apóstoles.

Y mas, tenemos otro consuelo grande en esto, que se sigue de lo dicho; que no solo no nos pedirá Dios cuenta si se hizo mucho fruto ó no, sino que aun no os pe-

(1) Luc. X, 20.  
(2) Matth. XVI, 20.

dirá cuenta si hicistes gran sermon ó gran leccion. No nos manda Dios esto, ni está en esto nuestro merecimiento; sino lo que Dios manda y quiere de mí, es que haga yo lo que supiere y fuere de mi parte, conforme al talento que recibí; si poco, poco, si mucho, mucho, y con eso queda satisfecho. "Al que dieron mucho, mucho le pedirán; y al que poco, poco (1)." Declara esto muy bien San Crisóstomo tratando aquella parábola de los talentos. Pregunta: ¿qué es la causa que el siervo de Dios, que ganó dos talentos, recibe la misma honra que el que ganó cinco? Cuando vino el Señor á pedir cuenta de los talentos que habia repartido á sus siervos, dice el Sagrado Evangelio que llegó el que habia recibido cinco, y dijo: "Señor, cinco talentos me distes, veis aquí, he ganado y acrecentado otros cinco." Y dice el Señor: "Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, yo te pondré y constituiré sobre lo mucho (2)." Llega el que habia recibido dos talentos y dice: "Señor, dos talentos me entregastes, veis aquí he ganado y acrecentado otros dos." Y respóndele el Señor con las mismas palabras, y prometiéndole el mismo premio que al que habia ganado cinco talentos. ¿Qué es la causa de esto? Responde el Santo (3): «Con mucha razon, porque el acrecentar el uno cinco talentos, y el otro no mas de dos, no fué porque el uno fuese mas diligente y el otro menos, sino porque al uno le dieron cinco talentos con que pudiese doblarlos, y acrecentar otros cinco, y al otro no le dieron mas de dos; pero tanta diligencia pu-

(1) *Omni autem cui multum datum est multum quaseretur ab eo. Luc. XIII, 48.*

(2) *Euge serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium Domini tui. Matth. XXV, 21.*

(3) *Merito: augmentati enim, et inminutionem, non vel hujus diligentia, vel illius negligentia fecit, sed concreditorum quantitas; nam quoad diligentiam ambo pares fuerunt, perinde, et eandem dignitatem nacti sunt. S. Crisost. hom. 14 super Gen.*

so este como aquel, y tanto trabajó en hacer lo que fué de su parte con lo que recibió, como el otro; y asi pudo merecer y recibir la misma honra y galardón. Este punto es muy provechoso y de mucho consuelo, porque se puede aplicar á todas las cosas y á todos los oficios y ministerios; si uno trabaja y pone tanto cuidado como otro en lo que se le encomienda, puede merecer tanto como él aunque no haga tanto. Pongo ejemplo: si yo trabajo tanto en predicar desgraciadamente, como vos en predicar bien, puede ser que merezca en ello tanto como vos y aun mas. De la misma manera en los estudios: aunque aquel sea ruin estudiante y vos bueno, y él sepa poco y vos mucho, podrá ser que merezca él mas en lo poco que sabe, que vos en lo mucho que sabeis; y lo mismo es en todos los oficios. Aunque yo no hago el oficio con tanto primor como vos, y mis fuerzas y talento no se estiendan á tanto como eso, podrá ser que merezca mas en lo poco que hago que vos en lo mucho que haceis. Y ayudará mucho esta consideracion, para que ni á los unos les venga vanagloria ni á los otros desmayo.

Esta doctrina es tambien de San Gerónimo sobre aquella misma parábola: «Con semejante gozo y honra recibe el Señor al que trajo cuatro talentos, como al que trajo diez; porque Dios no mira tanto la cantidad de la ganancia, cuanto á la voluntad, diligencia y caridad con que se hace la obra (1).»

«Las cosas que se ofrecen á Dios le agradan, no por el valor, sino por el afecto,» dice Salviano (2), que es lo que dice San Gregorio: «Dios no mira al cuánto, sino de

(1) *Denique et illum qui de quinque talentis decem fecerat, et qui de duobus quatuor simili recepit gaudio, non considerans lucri magnitudinem sed studii voluntatem. Hier.*

(2) *Oblata Deo, non pretio, sed affectu placent, Salvian. l. 1 ad Eccl. Catal. t. 3. Bibliot. sancti.*

cuánto (1).» Mas mira Dios el corazon que el don. Y asi puede uno agradar mas á Dios con menos obras, que otro con mas, si las hace con mayor amor. En lo cual resplandece mucho la grandeza de Dios, que ningun servicio, por grande que sea, es grande delante de él, si no es grande el amor; porque quien no tiene necesidad de nuestros bienes, ni puede crecer en riqueza, ni en otro bien, «porque si obrares justamente, ¿qué le darás? ¿qué recibirá de tu mano que no sea suyo (2)?», lo que quiere y estima es el ser amado, y que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte. Y vémoslo esto al pie de la letra en los dos cornadillos que ofreció aquella viuda del Evangelio. Estaba Cristo nuestro Redentor sentado junto al gazo-filacio ó cepo del templo donde la gente echaba sus limosnas, y venian aquellos fariseos y aquellos ricazos, y unos echarian reales, otros por ventura oro; llegó una pobre viuda y echó dos cornadillos; vuélvese Cristo á sus discípulos y diceles: «De verdad os digo que esta pobre viuda ha ofrecido mas que todos, porque los otros dieron de lo que les sobraba, y aun no dieron conforme á su estado; empero esta de su pobreza dió todo lo que tenia (3).» Pues lo que hizo con la viuda, eso mismo hará con los que enseñan, dice San Crisóstomo (4). De la misma manera se habrá Dios con los que predicán, estudian, trabajan y hacen los demás ministerios y oficios, que no mirará tanto lo que hacen cuanto á la voluntad, amor y diligencia con que lo hacen.

(1) *Deus non respicit quantum, sed ex quanto.*

(2) *Porro, si juste ogeris, quid donabis ei, aut quid de manu tua accipiet? Job. XXXV, 7.*

(3) *Amen dico vobis quoniam vidua haec pauper plus omnibus misit. Omnes enim ex eo quod abundabat illis miserunt, haec vero de penuria sua, omnia quae habuit misit, totum victum suum. Marc. XII, 43 et 44.—Luc. XXI, 3 et 4.*

(4) *Quod in vidua fecit, idem in docentibus operabitur. Chris. hom. XXXI; I, ad Corint. 1.*

CAPITULO XII.

De algunas señales en que se conocerá cuándo hace uno las cosas puramente por Dios, y cuándo se busca en ellas á sí mismo.

El bienaventurado San Gregorio pone una señal buena para conocer si en los ministerios que uno ejercita con los prójimos busca puramente la gloria de Dios ó se busca á sí. Mirad si cuando el otro predica muy bien, y se lleva toda la gente y hace mucho fruto en las almas, os holgais como cuando vos lo haceis; porque si no os holgais, sino que antes parece que teneis no sé qué sentimiento ó tristeza y una manera de envidia, esa, dice San Gregorio (1), es clara señal que no buscáis puramente la gloria de Dios. Y trae para esto aquello del Apóstol Santiago que dice: "si teneis celo amargo y hay contiendas en vuestros corazones, no es esta sabiduría que ha bajado del cielo, sino terrena, animal y diabólica (2)." Ese no es celo de la gloria y honra de Dios, sino celo de vos; celo de ser honrado y estimado como el otro. Porque si deseádes la gloria de Dios y no la vuestra, holgariades que hubiese muchos de esos, y que lo que vos no podeis ó no sabeis hacer, lo hiciesen otros; como dice la Escritura de Moisés, que queriendo Josué resistir á unos que profetizaban, le dijo como enojado: "¿Qué celos indiscretos son estos? Pluguiése á Dios que todos fuesen Profetas y que á todos diese Dios su espíritu (3)." Asi ha de decir el siervo de Dios. ¡Pluguiése á Dios que todos fuesen grandes predicadores y les diese el Señor mucho espíritu para que asi se dilatase mas la honra y gloria de Dios y fuese

(1) Greg. l. 22. Mor. c. 24.

(2) Quod si zelum amarum habetis, et contentiones sint in cordibus vestris, non est ista sapientia deorsum descendens, sed terrena, animalis, diabolica. Epist. Jac. c. III.

(3) Quid aemularis pro me? Quis tribuat, ut omnis populus prophetet, et det eis Dominus spiritum suum! Num. XI, 29.

conocido y santificado su santo Nombre en todo el mundo!

Del maestro Avila tenemos un buen ejemplo de esto. Dicese de él (1), que cuando supo que Dios nuestro Señor habia enviado al mundo la Compañía de Jesus por medio de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, y entendió el fin é instituto de ella, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo habia andado, sino que no sabia atinar á ello, y que le habia acontecido á él lo que á un niño que está á la falda de un monte y desea y procura con todo su poder subir á él alguna cosa muy pesada y no puede por sus pocas fuerzas, y despues viene un gigante y arrebatla la carga que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone donde quiere, haciéndose asi con esta comparacion por su humildad pequeño, y á nuestro P. S. Ignacio gigante. Pero lo que hace á nuestro propósito, es que quedó él tan contento y regocijado como si por su medio se hubiera instituido la Compañía, porque él no deseaba en aquello sino la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Estos son buenos y fieles ministros de Dios que no se buscan á sí, sino á Jesucristo, como dice San Pablo (2). El verdadero siervo de Dios ha de desear tan puramente la gloria y honra de Dios y el fruto y salvacion de las almas que, cuando Dios quisiere que esto se haga por medio de otro, quede tan contento y tan gozoso como si por su medio se hiciera. Y asi es muy bueno lo que usan algunos siervos de Dios, muy celosos del fruto y conversion de las almas, que es pedir á Dios: «Señor, conviértase aquel, gánese aquella alma para vos, hágase el fruto y la hacienda, y sea por el medio que vos fuéredes servido, que yo no quiero que se atribuya nada á mí.» Esto

(1) M. Avila. lib. IV vitae S. P. N. Ignat. c. 17.

(2) Qui non quaerunt quae sua sunt, sed quae Jesu Christi. Ex ep. ad Phil. II, 21 et 4.

es andar en verdad y en puridad, deseando, no nuestra honra ni estima, sino la mayor honra y gloria de Dios.

De la misma manera podemos decir en lo que toca al aprovechamiento espiritual nuestro y de nuestros hermanos (1). El que viendó que su hermano va adelante aprovechando y creciendo en virtud y que él se queda atrás, recibe tristeza y desmayo: este tal no busca puramente la mayor gloria de Dios; porque aunque es verdad que el verdadero siervo de Dios ha de tener un cuchillo atravesado en el corazon, porque no sirve tanto al Señor, como deberia y podria; mas no se sigue de aquí que si vé crecer al otro mas que él, reciba por eso tristeza y desmayo; antes, el refrigerio y alivio que ha de recibir su alma en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser el ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debe, hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Y es otro desmayo y tristeza, que algunos tienen, nace de amor propio y de alguna soberbia ó envidia secreta; porque si uno desea de veras la mayor honra y gloria de Dios, y para eso desea él servir á Dios, claró está que le dará grande alegría y contento, ver que los otros crezcan mucho en virtud y en perfeccion, aunque por otra parte ande él con dolor y confusion de que no le sirve tanto.

Lo segundo, cuando el religioso hace su oficio y las cosas que le mandan, de tal manera que no se le dá mas que le manden esto ó aquello, ni que le pongan en este oficio ó en el otro, sino que está tan contento en lo uno como en lo otro, es muy buena señal de que hace las cosas puramente por Dios; porque por eso tiene él esa igualdad é indiferencia en todo, porque no busca sino hacer la voluntad de Dios, y no

(1) M. Ávila, t. I Epist. pág. 183.

B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

repara en lo material de las obras. Pero si no hace tan de buena gana lo humilde y trabajoso, como lo fácil y honroso, señal es que no lo hace puramente por Dios, sino que se busca á sí mismo y su gusto y comodidad. Y asi dice muy bien aquel Santo: «Si Dios fuese la causa de tu deseo holgar-te ias de cualquiera manera que él lo ordenase (1).»

Lo tercero, es señal que no hace uno las cosas puramente por Dios, sino por respetos humanos, cuando quiere que el superior le agradezca lo que hace y lo mucho que trabaja, dándole á entender con palabras que lo ha hecho bien, ó á lo menos, mostrando alguna significacion de contento, y cuando no hay algo de esto se desanima. Si vos hiciérades las cosas puramente por Dios, no mirádes en eso, ni hiciérades caso de ello: antes os habiades de confundir y avergonzar cuando el superior os muestra algo de eso, entendiendo que es por vuestra imperfeccion y flaqueza, y quejaros de vos mismo, y decir: «¡que sea yo tan ruin y miserable y esté tan tierno en la virtud, que haya menester que me alienten y animen con estas cosas!»

En el Prado Espiritual se cuenta del abad Juan, el menor, Tebeo, discípulo del abad Amon, que sirvió doce años enteros á un enfermo de los Padres ancianos, y aunque el Padre via que tenia tanto y tan largo trabajo, nunca jamás le dijo una palabra blanda, ni amorosa, antes le trataba ásperamente. Despues, al tiempo que se quiso partir de esta vida, fuéronle á visitar muchos hermitaños, y estando todos al rededor de él llamó á su paciente y humilde discípulo, y trabándole de la mano le dijo tres veces: «quédate con Dios, quédate con Dios, quédate con Dios:» y con esto le encomendó á los Padres, y se lo entregó

(1) Thomas de Kempis.

por hijo, diciendo: «este no es hombre, sino ángel, pues en todos estos doce años que há que me sirve en mis enfermedades, nunca jamás oyó de mí una buena palabra, y con todo eso siempre ha servido con mucha voluntad y diligencia.»

CAPITULO XIII.

Cómo habemos de ir creciendo y subiendo en la rectitud y puridad de intencion.

Nuestro bienaventurado P. San Ignacio nos declara mas en particular, cómo habemos de ir subiendo en esta rectitud y pureza de intencion. «Todos, dice (1), se esfuerzen á tener la intencion recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun en todas las cosas particulares; siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer á la divina bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares con que nos previno, mas que por temor de penas ni esperanza de premio, aunque de esto deben tambien ayudarse.» Hay muchas maneras de buscar y servir á Dios; servir á Dios por temor de las penas, buscar á Dios es, y bueno es, porque el temor servil es bueno y don de Dios. Y así le pedia á Dios el profeta: «Clava, Señor, mis carnes con tu temor (2).» Cuando uno dijese ó tuviese en su corazón esta voluntad, si no hubiera infierno ó si no temiera el castigo ofendiera á Dios, eso dicen los teólogos que es malo y pecado, porque ya muestra uno en eso su mala voluntad. Pero ayudarnos del temor de las penas y del temor de la muerte y del juicio, para servir á Dios y no pecar, bueno es, y para eso la Sagrada Escritura nos pone muchas veces delante estas cosas y nos amenaza con ellas.

(1) 3. p. const. c. 1. § 26. Reg. 17 summar.  
(2) Conlige timore tuo carnes meas. Ps. CXVIII, 142.

Lo segundo, servir á Dios por el premio que esperamos de la gloria, tambien es buscar á Dios, y es bueno y mejor que lo primero. Mejor es hacer las cosas por esperanza del premio y de la gloria, que por temor del infierno; esto es ir creciendo en perfeccion. Y así dice San Pablo que lo hacia Moisés. «Moisés, creciendo en fé y haciéndose grande, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraon que le habia adoptado por hijo: menospreció eso, y quiso más ser abatido y perseguido por Dios que todos los tesoros y riquezas de Egipto: porque tenia ojo al galardón y premio que esperaba (1).» Y el Real Profeta decia: «Incliné mi corazón á guardar, Señor, vuestra Ley, mirando el premio que nos habeis prometido (2).»

Bueno es todo eso; y así nos habemos de ayudar de ello. Pero quiere nuestro Padre que pasemos mas adelante, que levantemos mas el corazón y tengamos mas altos pensamientos. «Poned la mira en mejores dones, porque aun os nuestro mas excelente camino (3).» No se contenta con que sirvamos y busquemos á Dios como quiera, sino muéstranos otro camino mas excelente y mas subido. Quiere que busquemos y sirvamos á Dios por Dios, puramente por sí mismo, por su infinita bondad, por ser Dios quien es, que es el mayor de todos los títulos.

Los gloriosos Padres de la Iglesia, Basilio, Crisóstomo y Gregorio, tratan muy bien este punto (4). Comparan á los que

(1) Fide Moyses grandis factus negavit se esse filium filiae Pharaonis, magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem; majores divitias aestimans thesauro Aegyptiorum improprium Christi; aspicebat enim in remunerationem. Ad Hebr. XI, 24.

(2) Inclinaui cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum propter retributionem. Ps. CXVIII, 142.

(3) Emulamini charismata meliora, et adhuc excellentiorem viam vobis demonstro. 1 ad Cor. XII, 31.

(4) Basil. in Reg. fusius in proemio. — Greg., l. 8., Mor. c. 30. — Chrys. hom. 2, super Ep. ad Rom.

serven á Dios por el premio que les ha de dar, y dicen, que son como Simon Cirineo, que llevaba la Cruz de Cristo por precio, alquilado por su jornal. Así estos sirven á Dios y llevan su Cruz por el precio y jornal que les han de dar. Dicen estos Santos que no habemos de andar solícitos y cuidadosos de la remuneracion, computando y tanteando el galardón y la paga; «porque eso es de siervos mercenarios y jornaleros que buscan su interés (1).» Nosotros no habemos de servir á Dios de esa manera, sino como hijos verdaderos, por puro amor. Hay, dicen, mucha diferencia del servir del esclavo y del servir del criado, al servir del hijo. Porque el esclavo sirve á su señor por miedo del castigo y del azote; el criado sirve á su amo por la paga y galardón que espera de él, y si anda diligente en servirle, es porque de esa manera piensa medrar y que le hará mercedes; pero el hijo sirve á su padre por amor, y tiene mucha cuenta de no ofenderle, no por temor del castigo, que no teme eso el hijo cuando es ya grande, ni por lo que espera haber de él, sino por puro amor. Y así el buen hijo, aunque su padre sea pobre y no tenga que dejarle, le sirve y honra, porque lo merece por ser su padre; y el darle contento, tiene por suficiente premio de su servicio y trabajo. Pues así, dicen estos Santos, habemos nosotros de servir á Dios, no por temor del castigo, como esclavos, ni poniendo los ojos principalmente en la paga y galardón que esperamos, como criados mercenarios y jornaleros, sino como hijos verdaderos, pues nos ha hecho Dios esa merced que lo seamos. No solo nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos (2), y con verdad llamamos Pa-

(1) More ingratorum servorum supputando mercedem, hoc enim mercenarii, potius quam grati servi est.

(2) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus. I. Joann., III, 1.

dre á Dios, y á su Hijo, hermano. Pues si somos hijos de Dios, amemos y sirvamos á Dios como hijos, y honrémosle como á padre y como á tal padre, por puro amor, por dar contento á nuestro Padre celestial, porque lo merece él por ser quien es, por sola su infinita bondad, aunque tuviéramos infinitos corazones y cuerpos que emplear en amarle y servirle.

Dice muy bien San Crisóstomo: «Si fueres digno por la divina gracia de hacer alguna cosa que agrade á Dios; y fuera de esto buscas otro galardón y paga, verdaderamente no sabes cuán grande bien sea agradar á Dios: porque si lo supieras, no buscaras fuera de esto otro galardón (1).» Porque ¿qué mayor bien podemos desear, ni pretender que agradar y dar contento á Dios? Dice el Apóstol San Pablo: «Imitad á Dios como hijos muy amados, y amadle como Cristo nos amó á nosotros (2).» Considerad, dice San Buenaventura (3), cuán liberalmente y sin interés alguno suyo nos amó Dios y nos hizo tantas mercedes: y no solo sin interés, sino muy á costa suya, pues le costamos su sangre y su vida. Pues de esta manera habemos de amar y servir nosotros á Dios, puramente y sin ninguna manera de interés. Las mismas virtudes y dones sobrenaturales habemos de desear, no por nuestro provecho y contento, sino puramente por Dios y por su mayor gloria, por tener con que agradar y contentar mas á Dios. Y la

(1) Si omnino dignus fueris agere aliquid, quod Deo placeat, aliam adhuc praeter hoc ipsum, quod placere meruisti, mercedem requiris; vere ignoras, quantum boni sit placere Deo; si enim scires, nunquam aliud aliquid extrinsecus mercedis aut muneris, expeteres. Chrys. l. 2 de compunctione cordis.

(2) Estote imitatores Dei, sicut filii charissimi, et ambulante in dilectione, sicut et Christus dilexit nos. Ad Eph. V, 1.

(3) Considera quod ipse benefactor tuus Deus, ita tibi benefaciat, ut nihil a te repetat, nec aliqua creatura indiget. Bon. t. 2. opusc. in fasciculario, c. 6.